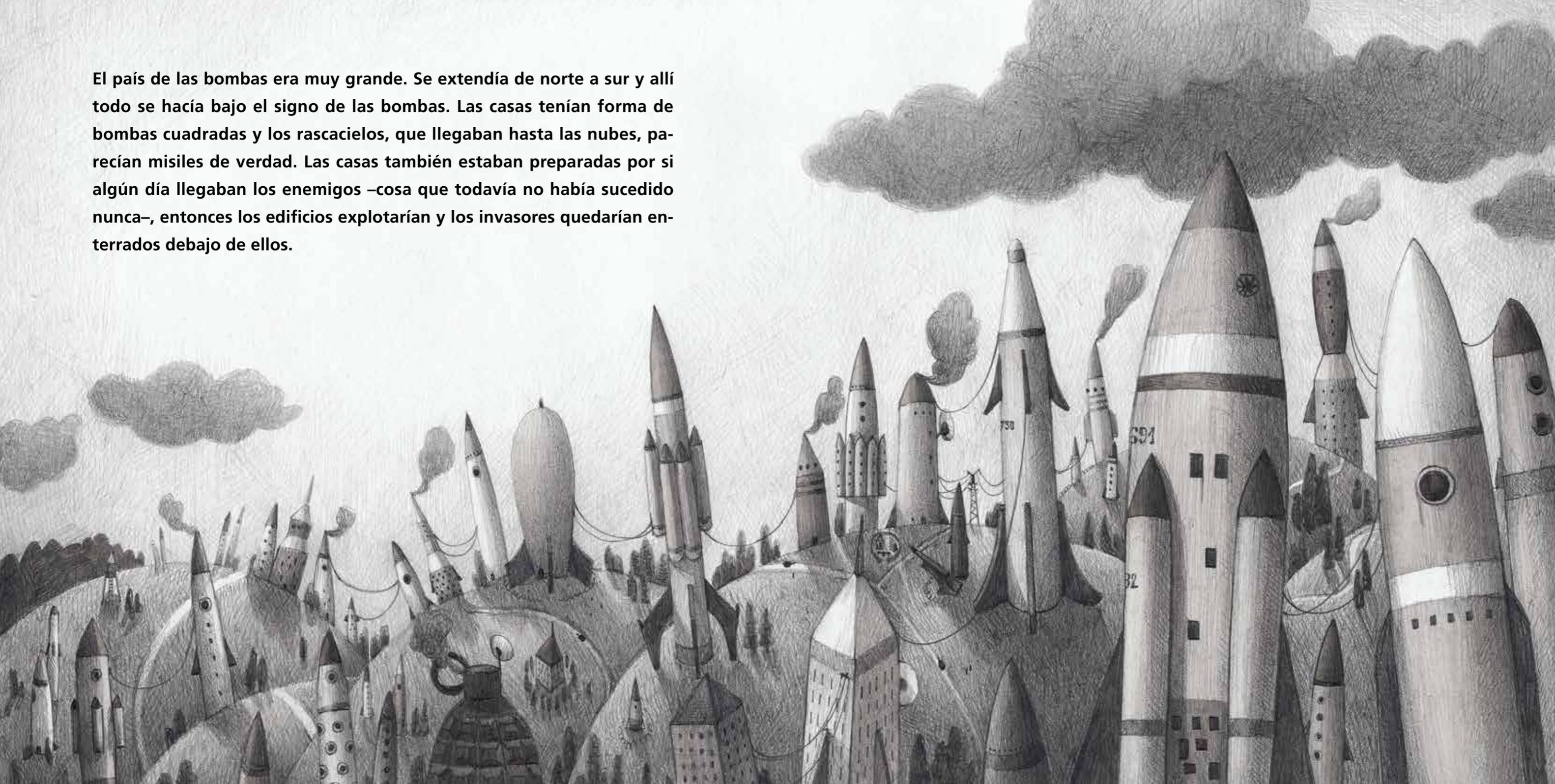
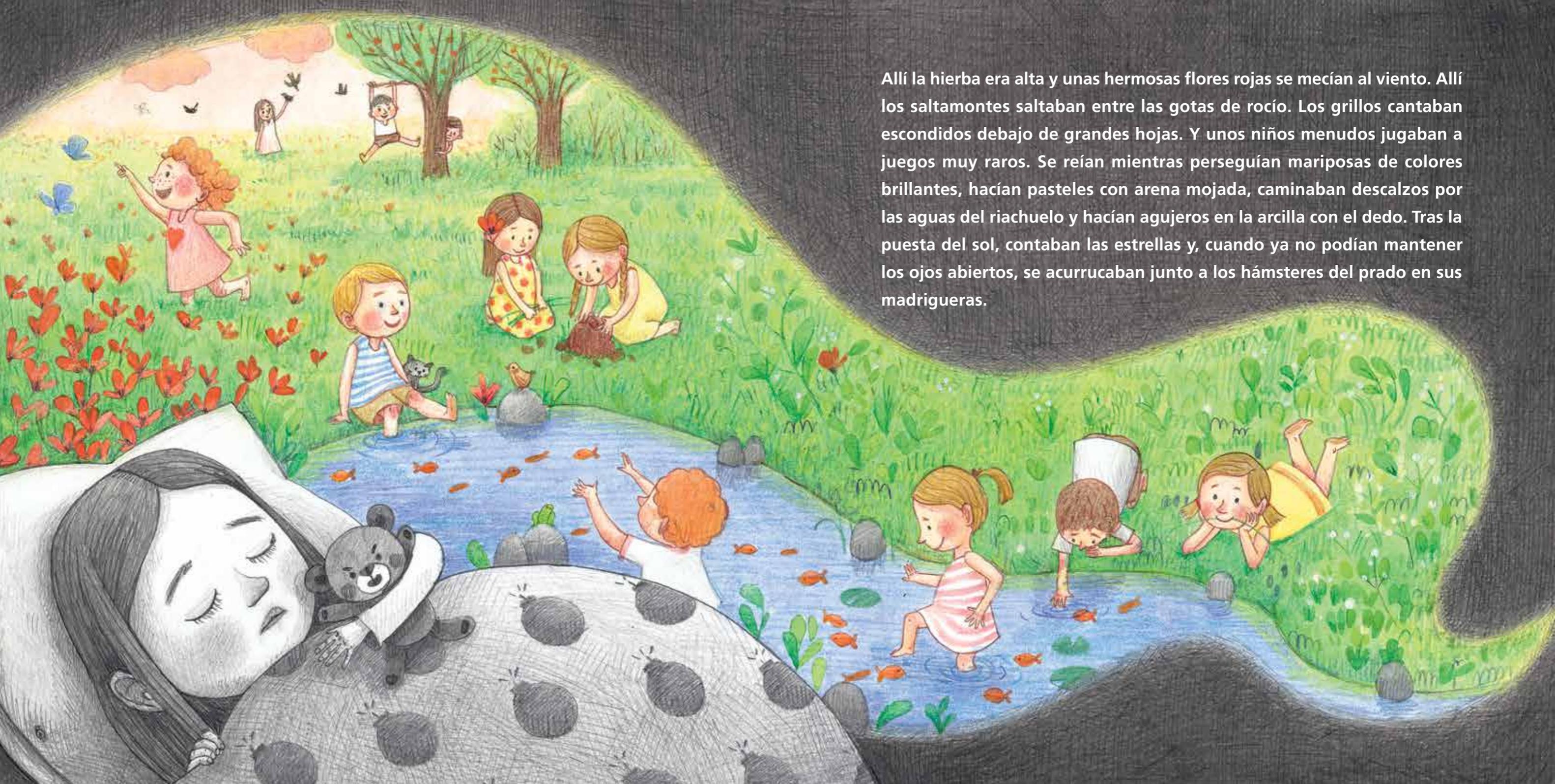


El país de las bombas era muy grande. Se extendía de norte a sur y allí todo se hacía bajo el signo de las bombas. Las casas tenían forma de bombas cuadradas y los rascacielos, que llegaban hasta las nubes, parecían misiles de verdad. Las casas también estaban preparadas por si algún día llegaban los enemigos –cosa que todavía no había sucedido nunca–, entonces los edificios explotarían y los invasores quedarían enterrados debajo de ellos.





Allí la hierba era alta y unas hermosas flores rojas se mecían al viento. Allí los saltamontes saltaban entre las gotas de rocío. Los grillos cantaban escondidos debajo de grandes hojas. Y unos niños menudos jugaban a juegos muy raros. Se reían mientras perseguían mariposas de colores brillantes, hacían pasteles con arena mojada, caminaban descalzos por las aguas del riachuelo y hacían agujeros en la arcilla con el dedo. Tras la puesta del sol, contaban las estrellas y, cuando ya no podían mantener los ojos abiertos, se acurrucaban junto a los hámsteres del prado en sus madrigueras.

No los encontraron ni entre las hierbas altas ni bajo las hojas de diente de león, tampoco entre las flores de las margaritas, no los encontraron en las madrigueras de los topos, ni en las pozas del río. Aquellos niños tan menudos no estaban en ninguna parte. Primero los buscaron con rabia, llenos de ira, después desilusionados, hasta que al fin, dejándose llevar por la felicidad, levantaban las hojas con una sonrisa y corrían de un lado a otro dando volteretas.

